



# DISCURSO

*leído en la solemne apertura del curso académico de 1891 á 1892  
en el Seminario Conciliar de esta Diócesis, por el presbítero  
D. Asuncion Gurruchaga, Catedrático del mismo centro.*



EXCMO É ILTMO: SR.

SEÑORES

No parece muy á propósito, para desvanecer los recelos y templar la severidad de los opresores, desenterrar las proezas de un pueblo que, bien á pesar suyo, experimenta y llora la triste suerte del, oprimido. Tampoco juzgo temerario el suponer que mortificara los oídos de una raza despojada de su más preciada herencia, sin mitigar su dolor, ni acallar su llanto, ni enjugar sus lágrimas, el eco lejano de grandezas y triunfos que, aunque solo sea indirectamente y en parte, hiere los sentimientos más arraigados de consecuencia y agradecimiento hácia las generaciones, sus progenitoras, que los llevaron á cabo. Y nada favorecería, dificultaría la situación de quien tales consideraciones desatendiese la elección de un hecho de resultados no admiti-

dos por todos; la exposicion de un suceso, aunque glorioso por más de un concepto, ni explícita ni claramente expuesto<sup>1</sup> por los historiadores coetáneos; un discurso, en fin, sobre una guerra narrada únicamente por escritores hostiles al pueblo que la considera su gloriosísimo timbre, entre miles otros no ménos gloriosos, y que, al recordárselo, repasará tambien en su imaginacion las halagadoras tradiciones que, más ó ménos alteradas, ha recogido en el regazo maternal y entre los cánticos de sus infantiles pasatiempos.

Pero, aunque tal sea el acontecimiento sobre que versa mi humilde discurso, y no otras las circunstancias en que me propongo pronunciarlo, espero del ilustrado auditorio, que me escucha, la consideracion á que los indisputables méritos de quienes me han precedido en esta para mí penosa tarea, han hecho acreedor el lugar que solo por indulgencia ocupo en este momento; y confio en que disimulará cuanto corregible encuentre su certero criterio en la exposicion de un asunto oscuro en sí, y más oscuro todavía para el que no ha podido verlo ilustrado con todos los rayos de luz que sobre él se han proyectado por los escritores en el trascurso de los siglos; cual es para mí la inmortal guerra que las águilas imperiales sostuvieron contra los cántabros en tiempo del primero y segundo Augustos; guerra, eso sí, aceptada por los romanos con no menor timidez que arrojo, intrepidez y constancia demostraron al provocarla los cántabros; guerra continuada por las legiones romanas con humillaciones y quebrantos á que hasta entonces no estaban acostumbrados, y que no poco habian de robustecer el ya potente brazo de los bascos; guerra, en fin, que nos ofrece el singular privilegio de que los historiadores romanos disertan más amplia, expresa y claramente acerca de los grandes preparativos del Imperio, señales de su temor, que en cuanto al término, factor importantísimo para justificar aquellos preparativos, y más importante todavía para encumbrar y glorificar al héroe cuyo resplandor, grandeza y méritos, más ó ménos ficticios, se proponian hacer llegar á los oidos del género humano.

Mas, al resolverme á acometer tarea tan comprometida, no vengo con pretensiones de señalar nuevas fuentes históricas, ni de encauzar las conocidas por lugares no acostumbrados, ni de ataviarlas siquiera con primores y galas que no poseo, y sí solo con ánimo decidido de

---

(1) Lafuente.—Hist. gral., lib. 1.º, cap. 7.º, nota.

ocupar un puesto de oyente, siquiera sea de aquel oyente que, al escuchar las narraciones más ó ménos vagas de los Floro, Dion, Suetonio, Mela, Estrabon y otros no deja de percibir ciertas frases que, en prevision acaso de eventuales ataques, de una severa y luminosa crítica, dejaron escapar de sus plumas; siquiera sea de aquel oyente que, no pudiendo escuchar el majestuoso bullicio de los triunfos cesarianos, que no se celebraron en la presente ocasion, una su débil voz al himno de triunfo que unisonos entonan nuestros montes y nuestros prados, nuestras leyes y tradiciones, nuestros usos y costumbres, religion, en fin, y lengua, para deducir despues, que «la opinion de que los cántabros nunca se sometieron á los romanos» no «es de aquellas que, si bien pueden halagar cierta vanidad nacional, no podrá nunca somerse históricamente» por carecer para ello de todo fundamento.

Si tal deducccion resultase de las observaciones que apunto en el presente escrito, quedarán colmadamente satisfechos mis deseos de poder unir este trabajo al que, un año há, leyó en este mismo lugar y en idéntica ocasion mi docto amigo y comprofesor el Doctor don J. J. Izaguirre, sustentando que nunca los bascos<sup>1</sup> ó cántabros montañeses se sometieron al imperio de la idolatría; pues, así veríamos que siempre y á despecho de reyes é imperios, ejércitos y generales, malvados é incautos, nuestros padres y abuelos nos entregaron sin mancilla el gloriosísimo estandarte que ostenta el lema JAUNGOIKOA ETA FUEROAK, con que tan identificado estuvo, estará y está siempre todo buen bascongado.

## I.

Hácia mediados del tercer decenio anterior á la venida del Redentor Jesucristo, y cuando en el Occidente estaba pacificada casi toda España,<sup>2</sup> y nada ni nadie parecia turbar la inmensa tranquilidad romana, ni nada ni nadie se atrevía á resistir al insultante y tiránico grito de paz con que Augusto saludára á los hombres y á los pueblos, á los grandes y á los reyes, á los esclavos y á los ejércitos, á todo el

(1) Basco, contraccion de basoko, significa montañés.

(2) Lucio Floro, libro 4.<sup>o</sup>

mundo que se doblegaba á sus piés, dos grupos de gentes vigorosísimas,<sup>1</sup> dos pueblos fortísimos,<sup>2</sup> los cántabros y los astures, independientes y libres hasta entonces de toda esclavitud y servidumbre,<sup>3</sup> saltan el valladar que rodeara al Imperio, pisotean sus estandartes clavados en territorios de gentes aliadas, y cambian á su antojo los límites del pueblo de hierro con excursiones y correrías por las comarcas de los Vaceos, Murbones, y Autrigones,<sup>4</sup> protestando de la falsa paz que Augusto queria imponerles en nombre, únicamente, y por el derecho de su mayor fuerza entre todos los monarcas del mundo.

Desde los picos de sus elevadas montañas lanzan un cántico sublime invitando á la lucha á cuantos lo escucharan, y, al recorrer las numerosas vertientes y gargantas del territorio euskaro, adquiere tal poderío y resonancia, que arrastra en pos de sí á cuantos pueblos encerraban los Pirineos Occidentales y el Océano,<sup>5</sup> y hace llegar su espantoso eco á las riberas del Tiber y á los oídos del arrogante César, al mismo tiempo que empuja á los moradores de las márgenes del Danubio á empuñar las armas y resistir al mandato del César vanidoso.

Augusto, que al repasar en su mente los nombres de Tesino, Trevia, Trasimeno y Canas, no podia olvidar el espanto y terror que causara á la ciudad natal la proximidad de los cántabros—pues eran la, principal fuerza de los batallones cartagineses:<sup>6</sup>—Augusto, á quien, por otra parte, se habia notificado que los sublevados de aquí se agitaban con mayor vehemencia<sup>7</sup> que los de Hungría y Eslavonia, y á quien parecia que por nada debia reputar cuanto hasta entonces habia hecho, si no reprimia pronto aquella rebelion,<sup>8</sup> á ningun general juzga digno de tamaña empresa, á ningun lugar-teniente quiso confiar la direccion de la guerra cantábrica, sino que él, en persona, aceptó el valeroso reto de los cántabros. Él mismo vino,<sup>9</sup> con ánimo de someterlos á las

(1) Lucio Floro, lib. 4.<sup>o</sup>

(2) Orosio, libro 6.<sup>o</sup>, cap. 21.

(3) Lucio Floro, lib. 4.<sup>o</sup>

(4) Id., id., id.

(5) Id., id., id.

(6) Hina robur mixtusque rebellibus Afris Cantaber. Lisio, lib. 5.<sup>o</sup>, ver. 414.

(7) Lucio Floro, lugar cit.

(8) P.Orosio, lib. 6.<sup>o</sup>, cap. 21.

(9) Dion, lib. 53, y Lucio Floro, Orosio etc. cap. 21.

leyes del Imperio.<sup>1</sup> Llegó, pues, Augusto con un formidable ejército; probó fortuna con sus legiones divididas en dos ó tres cuerpos, pero aquellos indomables montañeses,<sup>2</sup> los bascos, bien encerrados en sus fragosas breñas, ó bien sorprendiendo á las águilas imperiales en sus acompasadas marchas, triunfaban siempre de Augusto.

«Con repentinas irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las legiones romanas pudieran nunca darles alcance, ni ménos penetrar en sus rústicas guaridas... molestaban á los romanos.»

«Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravillosa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo á los imperiales en continua alerta y zozobra y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanles fatigados, inquietos y desesperados.»

»En vano Augusto hizo que una armada concurriera á ayudar por la costa sus operaciones militares, los cántabros se concentraban dentro de sus rocas y desde allí repetían los asaltos».<sup>3</sup>

La inesperada suerte de las armas y las contrariedades y fatigas que le acarrearón á Augusto el afán y sed de laureles y conquistas, minaron de tal suerte su salud y hasta tal extremo debilitaron su espíritu, que mortificado con tan obstinada resistencia y poseído de una penosa melancolía, resolvió abandonar el campamento, temeroso del riesgo que corrían su prestigio y vida, si no se alejaba pronto de aquellos lugares y se ponía á cubierto de los sinsabores consiguientes á tantos contratiempos. «Se retiró con mucho despecho»<sup>4</sup> á Tarragona, dejando la mayor parte del ejército al mando de Cayo Antistio, llamado «El Viejo», uno de sus generales.

Para quien tuviera presente la conducta de un Mario respecto de Sila en Africa, la mutua entre Pompeyo y César durante el triunvirato, ó la de Muza respecto de Tarif en España, como la de tantísimos otros que llenan las páginas de la historia con relacion á sus respectivos lugar-tenientes al verlos laureados y ostentado títulos codiciados por ellos, no sería aventurado el suponer que Augusto no deseaba ya la total dominacion de los cántabros y que quizás tomaría precau-

(1) Lucio Floro, lug. cit.

(2) Cantaber non ante domabiles. Horacio. Oda XIV, lib. IV.

(3) Lafuente.—Hist. gral. de España, lib. 1.º. cap. 7.º

(4) Crónica gral. de España cont. A. Morales, lib. 8.º cap. 53.

ciones encaminadas á este fin; pero una vez que los pregoneros de sus virtudes nada de esto nos dicen, de buen grado le supondré exento completamente de tal vicio.

«Cayo Antistio, pues,—añade Lafuente, recopilando á Floro,<sup>1</sup>—Oion<sup>2</sup> y Orosio,<sup>3</sup> ó más hábil ó más afortunado que Augusto, en ocasion en que los Cántabros habian necesitado bajar á la llanura, acaso en busca de mantenimientos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos á sitio donde tuvieron que empeñar una accion general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fué este primer desastre de los cántabros cerca de Véllica, no lejos de las fuentes del Ebro. Trataron los fugitivos de ganar el monte de Vincio ó Vinnio, y hallando los romanos apostados en Aracillum—hoy Aradillos, media legua de Reinosa—viéronse forzados á buscar un asilo en el monte Medulio, inexpugnable posicion, si allí hubieran intentado los romanos atacarlos. Mas, estos tuvieron por mejor y más seguro circunvalar la montaña, haciendo en derredor y en un círculo de 15 millas un profundo foso y construyendo en toda la línea gran número de torres, de la misma manera que si pusieran sitio á una ciudad. Una vez que los cántabros no intentaron en un principio romper la línea enemiga, érales ya despues imposible el escapar.

»Vióse entonces una de aquellas resoluciones de rudo heroismo de que España habia dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraban á los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte á la esclavitud, diéronselas á sí mismos peleando entre si ó tomando el tósigo ó venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban.... siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera en el tormento, que sucumbian en la cruz cantando himnos de guerra. Así,—termina el mismo historiador—así subyugaron por primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.»

---

(1) Libro 4.<sup>o</sup>-1

(2) Libro 51.

(3) Libro 6.<sup>o</sup>

## II.

Y efectivamente, «si subyugar se puede llamar esto», podemos repetir, sea que consideramos las circunstancias que concurrieron en aquella guerra, ó bien las que le precedieron y fueron sucediendo.

Porque, si como el mismo autor nos acaba de decir, en conformidad con los historiadores contemporáneos al hecho y otros posteriores, no excluyendo los menos amantes de las glorias de los bascos, si «peleaban en pequeños pelotones y grupos» más dispersos y salteadores quizás que los imaginados por Temístocles ante el golfo de Salamina y «no había medio de empeñarles en más formal combate», y en Vellica y en Arracillum fueron acometidos por sorpresa, es decir, sin que se hubieran preparado para un combate decisivo, ¿es posible que se hallaran reunidos y formando un solo cuerpo de ejército todos aquellos pelotones, todos aquellos grupos? ¿A qué plan ó idea podía obedecer tal aglomeracion de los cántabros y cómo hubiesen podido realizarla en tan poquísimo tiempo y abandonando más ó ménos extensos territorios? ó si, por el contrario, se hallaban reunidos en aquel lugar todos—lo que solo pudo obedecer al ánimo resuelto de dar un golpe decisivo—¿cómo podía llamarse encuentro por sorpresa al tenido en el lugar y momento elegidos precisamente por ellos?

¡Ah, señores!, es necesario que convengamos en que aquel encuentro, ó no fué tal sorpresa contra lo que todos los historiadores afirman, ó que lo fué de uno de tantos grupos, patrullas ó pelotones en que se hallaban divididos. los cántabros, lo cual no significará ante la sana crítica la sumision total del invicto pueblo euskaró.

Esto mismo se hace aun más verosímil si tenemos en cuenta el lugar ó lugares donde, segun el dictamen de la mayor parte de los historiadores modernos, se realizaron los acontecimientos que nos acaba de reseñar el citado escritor Lafuente. Pues á pesar de que los lugares ocupados por los Beizama, Ernio, Arracill ó Errecill,<sup>1</sup> de

---

(1) Los naturales de Regil tienen por tradicion que en este monte perdieron los romanos un ejército, y hace aun poco tiempo se hallaban allí vestigios de la mortandad. Zamacola, Hist. de las Nac. Bascas, época 3.<sup>a</sup>, cap. 2.<sup>o</sup>, nota 19. Con lo que parece muy conforme la denominacion Arracill (matar totalmente) con que le designa Mariana en su Historia, ó la de Errecill (matar facilmente) con que es conocido en la actualidad,

nuestros tiempos parecen adaptarse mejor á las regiones comprendidas entre los Pirineos Occidentales y el Oceano, de que habla Lucio Floro, y explican más satisfactoriamente la presencia de la flota romana en las aguas del Cantábrico, para proteger las operaciones de tierra, sin ningun inconveniente acepto el fallo hipotético de los escritores ménos dispuestos á admitir la proposicion que senté en un principio, los cuales prefieren encontrarlos en Sasamon, en Aradillos ó en las cercanías de Búrgos, de Reinosa ó del Ebro; aunque bien entiendo que el propósito de seguirles me obliga á desentenderme de las tradiciones ligadas con los primeros puntos que cité, cuyas tradiciones, mientras no haya en contrario razon más poderosa que las aducidas hasta el presente, deberán ser respetadas por todos, siquiera sea en cuanto al fondo ó argumento principal que tienen por objeto. Y en tal caso, suponiendo que los citados Sasamon, Aradillos, etc., fueran los campos de batalla en que por última vez lucharon los romanos contra los cántabros en la primera guerra, ¿no salta a la vista de todos la inmensa línea que por tierra y en la costa quedaba indefensa, si un cuerpo de ejército bastante numeroso no se supone apostado para defenderlos? ¿y quién no ve además que, en tal supuesto, la flota hubiese realizado sin el menor obstáculo el desembarque y las operaciones militares que le son consiguientes, y que los pueblos limítrofes, aliados de Roma, habian de invadir sus territorios durante el tiempo en que las costas y las fronteras quedasen abandonadas? ¿Aparecen por alguna parte señales de haber echado pié en tierra los romanos, ó huellas que debian dejar de su paso por nuestros montes y caseríos los aliados é imperiales? Si, pues, los romanos no hacen mencion de los lugares del desembarque, ni de las operaciones militares que la flota y tribus amigas debieron, en tal caso, realizar en nuestros puertos, costas y limites, es sin género de duda porque nada provechoso hicieron, secundando los planes de Augusto: y, si nada provechoso hicieron, fué debido a los obstáculos que encontraron frente a frente; y si tales obstáculos hubo y estos no pudieron ser ni las conchas y arenas de nuestras playas, ni las bahías que facilmente se prestan al arribo de los buques ni solo árboles ó montañas más ó ménos aseguibles, sino moradores de ellas, hombres que las defendieran, es porque un ejército más ó ménos poderoso existia diseminado por las costas y fronteras del territorio basco; y, si tal existia, no todas las fuerzas cántabras se encontraban en Medulia, ni tuvieron los bascos el

propósito de aunarlas para librar un último y decidido combate. Y en tal caso, ¿qué fué sino una de tantas partidas que corrian y saltaban de uno á otro pico de nuestras montañas, el ejército derrotado en Arracillum, y qué, sino uno como tantos otros en que hasta entonces pagaron su arrogancia las huestes romanas aquel encuentro?

Si, pues, uno de los grupos sorprendidos en Medulia dió tanto que pensar y hacer á todo el ejército romano, ¿qué no harian los demás apercebidos con el escarmiento ajeno, aleccionados con el ejemplo de sus compañeros y alentados con el heroismo y bravura de sus hermanos?

El ejército que, lleno de aliento y ansioso de gloria y laureles, gastó muchísimo tiempo, «varios años», en recorrer el corto espacio que separa á Sasamon de Aradillos, por la resistencia de una que otra patrulla cantábrica, ¿no necesitó sino pocos instantes para atravesar toda la Cantabria, y trasladarse á Guetaria, Machichaco ó Ajos, cuando temblaba ante el enemigo y se hallaba mermado por las bajas que habia experimentado, como parece desprenderse de lo que dicen los escritores contemporáneos? ¿ó es que las legiones romanas se dieron por satisfechas con que pudieran cubrir las muchas heridas de sus espaldas con las hojas de un laurel que á duras penas arrancaron de las manos del enemigo y entregarlo al César, para que éste, á su vez, pudiera reclamar del Senado los honores triunfales que siempre se acostumbraron?

*(Se continuará)*





# DISCURSO

*leído en la solemne apertura del curso académico de 1891 á 1892  
en el Seminario Conciliar de esta Diócesis, por el presbítero  
D. Asuncion Gurruchaga, Catedrático del mismo centro.*



(CONTINUACION)

## III.

Pero digo mal. Hasta en eso del triunfo es cosa singular lo que Augusto hace al presentarse ante Roma y dar cuenta al Senado de la guerra que acaba de suspenderse. «Por modestia y por ser ya tanta su grandeza, que podia despreciar los triunfos, no acepta Augusto los honores triunfales que el Senado le ofrece» y á que tanta afición habia manifestado.

¿Despreciar un triunfo por modestia, quien en el terrible trance de la muerte y como testamento ordena que se le tributen honores, homenajes y aplausos? ¿Despreciar un triunfo por desapego, quien admitió que se le levantaran estatuas para ser adorado entre los dioses? Y, ¿cómo explicará ante el Senado y pueblo romanos el contraste que ofrecen los ardores y sacrificios con que se inicia una guerra, que inspira temor, y la frialdad observada al dar cuenta de sus resul-

tados al pueblo y Senado, que no olvidan los contratiempos que hace poco se le refirieron? Si no merecía su término el interés y atención que suponía entonces una entrada triunfal, ¿por qué se le interesó al pueblo para que tomara parte en las rogativas, apertura del templo de Jano, sacrificios y demás preparativos que se hacen con afán no acostumbrado poco antes al iniciarla? ¿Por qué el templo de Jano no se cerró, terminada la guerra, con aquella misma solemnidad con que para empezarla se abrió?

Pero, se cerró, dirá alguno, el templo de Jano, y esto basta para que admitamos sin vacilar la pacificación total del país basco, llevada á cabo por Augusto. Aparte de que la paz puede ser resultado de la dominación ó de una alianza, se cerró el templo de Jano y permaneció cerrado, cuando «apenas turbaban las guerras distantes la inmensa majestad de la paz romana» dice César Cantú;<sup>1</sup> de suerte que la clausura del célebre templo no implicaba un completo y total reposo del imperio, y, por consiguiente, mucho ménos la total y completa dominación del país euskaro.

#### IV.

Por más que «Lucio Floro disimuló, ó no tuvo noticia de nuevos alzamientos»<sup>2</sup> de los Cántabros—pues de ningún otro hace mención, —Estrabon,<sup>3</sup> Dion,<sup>4</sup> Veleyo Patérculo<sup>5</sup> y otros historiadores antiguos y modernos sientan, como cosa indiscutible, los cuatro, ó por lo ménos tres, que siguieron á aquel primero; los cuales están narrados con tantos pormenores, poco favorables al prestigio y honor romanos, que en sana crítica no es posible dudar de su existencia al escuchar de lábios de historiadores tan entusiastas de las glorias romanas, como fueron, sin duda, los ya mencionados.

Si admitimos que una alianza ó convenio amistoso pusiera término á la primera guerra, nada más fácil de comprender que la Patérculo

(1) Hist. Univ., lib. 5.º, cap. 23.

(2) Henao, Averígs. de las ants. de los Cant, lib. 1.º, cap. 27.

(3) Lib. 3.º

(4) Lib. 53.

(5) Lib. 2.º

cion de estas sublevaciones, que pudieron ser motivadas, ya por incumplimiento de cualquiera de las cláusulas del pacto, ó ya por la diferencia de criterio con que fuesen interpretadas, ó ya porque una de las partes contratantes quisiera modificarlas en su favor, ó por mil otras causas parecidas que se ofrecen en las paginas de la historia de todos los tiempos; y, aun dado por cierto que la primera guerra tuviera el desenlace que oscuramente apuntan los historiadores romanos, se comprende todavía que al cabo de cincuenta, cuarenta, y aun si se quiere treinta años, una generacion nueva, alentada por el recuerdo de pasados triunfos y olvido de alguno que otro contratiempo, despreciara el número de los enemigos y pretendiese suplir, con su valor, la fuerza y poderío que echara de ménos al contemplar los brazos yertos de sus padres y abuelos; pero, que se haya puesto término á una primera, guerra, muriendo los que quedaban con vida en el campo de batalla, bien sea víctimas del hambre, ó bajo la accion de un veneno, ó entre las llamas de una hoguera, ó abiertas las venas por el puñal que les hundieran en sus pechos sus padres ó hermanos, sus hermanas ó madres, hijos ó compañeros, y que se hubiera puesto término á aquella guerra recorriendo á sangre y fuego todo el territorio, ó arrancándolos de su país nativo para ser trasladados á otros en que quedaran indefensos, ó matando á cuantos eran capaces de manejar las armas, y llevando á los demás cautivos, dejándoles sin instrumentos de guerra, y que dentro del trienio se vuelvan á sublevar, y que esto lo repitan una y otra y por tercera y acaso cuarta vez; y que se subleven con tal poderío, que los veteranos y soldados más valientes de Roma no quieran aceptar su reto, y que forzados á entrar en lucha, sean derrotados con numerosísimas bajas, y que un Agripa se vea en la precision de deshonorarlos para herir el amor propio, en fin, que hicieran temblar al coloso del mundo, vamos.... que esto sería mayor gloria para los bascongados, que la mayor que se puede atribuir á hombre y pueblo alguno guerrero; puesto que solo la diestra del Omnipotente puede ser la que en dos ó tres años, y por tres ó cuatro veces seguidas, rehaga un pueblo reducido á la condicion pintada poco há por los historiadores mencionados, convirtiendo en fieros guerreros á tiernos niños, en tan breve tiempo, ó rejuveneciendo á achacosos ancianos bajo el yugo pesadísimo del Imperio; pues, aquellos y estos eran los únicos que parecian escapar de la furia y saña del soldado romano.

## V.

A estas razones y otras que fluyen del exámen de los hechos mismos, aisladamente considerados, en favor de la independencia de los cántabros montañeses, y de que la clausura del templo de Jano no implicaba lo contrario, tenemos que añadir indicaciones expresas de los historiadores antiguos que confirman el juicio emitido en mi proposicion. Pues Estrabon,<sup>1</sup> á renglon seguido de anunciar la suspension de guerras, añade que los cántabros, en aquel mismo tiempo «hódie» se ejercitaban en correrías ó latrocinios; y que el servicio de armas, á que quedaron obligados los cuniaceos y demás moradores de las fuentes del Ebro, no lo prestaban en favor de los romanos, los Tuisios, «exceptis Tuisis». ¿Hay raza alguna, excepcion hecha de la basca, que en sus tradiciones, leyendas, cantos pastorales y domésticos, usos y costumbres y demás que vivifica y retrata á un pueblo, haya reclamado para sí, en el transcurso de las generaciones que se van sucediendo, la gloria de la independencia atribuida á los Tuisios? Y, ¿se conformará más y seguirá mejor las enseñanzas de la historia, quien admita la dominacion total de las regiones del Norte de España, negada en términos categóricos por Estrabon, que aquel otro que llame Tuisios á los bascos, con denominacion procedente, acaso de algun caudillo, de alguna fortaleza ó con apodo aplicado por motivos para nosotros ocultos? ¿Qué repugnancia deberemos tener para admitir que los mismos que no se sujetan á la vida pacífica del resto de la Península «latrocinia exercent», sean los que reconozcan el dominio de los romanos, cuando apenas nos es perceptible la distincion entre ambos conceptos? ó, ¿será más conforme con lo que la historia nos enseña respecto de todos los pueblos, y en particular del romano, el que un pueblo, «Tuisios», en cuyo favor no aparecen ni tropas ni victorias, ni caudillos, si armas, ni sorpresas, ni combates, ni bosques, ni precipicios, ni valor, ni serenidad, ni nada de eso que únicamente respetaban los romanos, se mantenga independiente, y que aquel otro

(1) Verum jam ut dixit omnia pella sum sublata, nam cantabros qui máxime hódie latrocinia exercent úsque vicinos Cesar-Angustus subegit; et qui ante romanorum socius propulabant, nunc pro Romanis armas ferunt ut cuniaci et quia ad fontes Iberi amnis accolunt exceptis Tuisis. Libro 3.<sup>o</sup>

pueblo, que fué siempre indomable ante los ejércitos de todos los otros grandes imperios, y tambien por espacio de dos siglos ante las poderosas legiones del romano, sea el comprendido en la excepcion de Estrabon? ¿Por cuál de los extremos deberemos optar, si además tenemos en cuenta, que este último es el pueblo ante quien Augusto desiste de sus propósitos, ante quien los veteranos romanos rehuyen el combate, ó si le aceptan es para contemplar numerosísimos<sup>1</sup> de los más valientes tendidos por los suelos, y que luchando con tal pueblo, perdieron las legiones más célebres del Imperio honores, distinciones, hasta el título de Augusto que ganaran en cien combates reñidísimos, como públicamente declaró Agripa prohibiéndoles el uso de tal título?

Si todavía existe alguno en cuyo ánimo nada valieran tales consideraciones, puede meditar sobre aquellas otras palabras del mismo historiador, cuando, refiriéndose á la guerra sostenida por Tiberio, dice «Tiberio redujo no solamente á paz, sino tambien á vida política á algunos de los cántabros».<sup>2</sup>

Porque si entre todos los cántabros, solo algunos «quosdam» fueron pacificados y reducidos á vida civil, ¿quién no ve que los demás que faltan para completar el número total de esa heroica raza, no estuvieron sujetos á tal condicion? ¿qué otro pueblo del Norte de España y de la raza cantábrica ha disputado jamás la gloria de los no comprendidos en ese «quosdam» algunos al nuestro? Cuando alguna raza ó pueblo distinto del basco reclame para sí con razones más ó ménos fundadas, tal gloria, procúrese enhorabuena quitársenos, pero mientras esto no suceda, ni la razon, ni la historia, ni la más severa crítica se pueden oponer á que publiquemos por todas partes que los euskaros y solo nosotros somos los herederos legítimos de tal gloria, de tal título; como somos hijos y descendientes de los esforzados cántabros que los conquistaron.

---

(1) Dion. lib. 54,

(2) Tiberius... non pacatos modo sed et civiles quosdam eorum redegit. Libro 3.<sup>o</sup>

## VI.

Si el revoltoso y mal definido período de tiempo que abarcan las cuatro ó cinco sublevaciones cantábricas y consiguientes guerras, se presta á dudas muy fundadas y disputa á los Augustos, ó regatea por lo menos el honor triunfal ó de dominio sobre nuestro suelo, la tranquila estancia de las patrullas bascas, en contacto con las romanas cohortes y en presencia de los sucesos imperiales durante cuatro ó cinco siglos consecutivos, robustece la duda, si acaso no la resuelve en sentido favorable al total dominio que sobre sí mismos y sobre sus territorios montuosos quedó á nuestros antepasados los euskaldunak.

Porque todos sabemos que, si Roma pudo—aunque por breve tiempo—ocultar á la sombra de su anterior prestigio el veneno que la debilitaba y corroía interiormente, y vivir apoyada en los brazos de los Vespasianos, Trajano y Teodosios, á cubierto de las avasalladoras huestes germánicas que le amenazaban del exterior, bien pronto, víctima de lo uno y de lo otro, manifestó á la faz del mundo entero la debilidad é impotencia que la habian de hacer juguete de propios y extraños. Merced á esa debilidad tuvo que acceder á que una turba cortesana sacara á subasta pública y entregara al mejor postor la silla de los Augustos, ya divinizada; merced á ella, á hombres sin ciencia ni prestigio, sin virtudes ni méritos rindió homenaje y tributo, honores imperiales y culto divino: merced á ella tuvo que admitir y contemplar ocupando los altos puestos y destino senatoriales á cosecheros y danzantes, á bufones y serviles: merced á ella los Pictos y los Escotos en la Gran Bretaña, los Confederados germánicos en ambas riberas del Danubio y del Rhin, y los Partos y Persas en el Oriente Imperial, un enjambre, en fin, de pueblos sin historia ni ascendiente, en las Galias y en la Iliria, en la Mesia y Panonias, en Italia, Tracia y España... pudieron clavar sus estandartes á despecho de las legiones romanas: merced á esa debilidad mortífera, cuantos quisieron tomar parte en la distribución de los territorios romanos, Godos ó Hunos, Francos ó Vándalos, Suevos ó Alanos, Borgoñones ó Hérulos, pueblos y razas recorrían y elegían á su antojo los despojos del Imperio moribundo, sin más resistencia ni obstáculo que el que mutuamente

se opusieron. Solo uno, el invicto pueblo cántabro es el exceptuado; solo una, la indomable y altiva raza basca es la que no interviene en el reparto y contempla compasiva la desdichada suerte de la que fué, hacia poco tiempo, señora del mundo. Y no solo esto, sino que ese pueblo y esa raza hace patente su poderío y superioridad sobre los dueños del Imperio—Suevos, Alanos, Godos, Vándalos, etc.—obligándoles á respetar las fronteras encomendadas á su defensa, sin que haya noticia de haber jamás sucedido lo contrario; pero, ¡cosa más rara todavía! no hay vestigio ni señal alguna en la historia, de que un pueblo basco, que se sentía tan robusto y poderoso, intentara, por una sola vez siquiera, recuperar para sí y para sus hijos lo que fué herencia de sus padres y patrimonio suyo, no hay indicio de que cambiaran en lo más mínimo la actitud en que quedaron despues de los sucesos del tiempo de Tiberio; antes bien, una eterna paz y amistad, no interrumpida entre ambos pueblos, fué el sello con que se cerró todo el anterior período y aquella última rebelion. Pasan años y pasan siglos, y ni en años ni en siglos se agitan los que por cinco veces se rebelaron poco antes en el corto período de cuarenta años. Y, ¿pasan esos años y esos siglos en la humillante situacion, á cuyo solo temor acababan de comprometer haciendas y vidas, honor é hijos, padres y esposas, independencía y libertad, cuanto tuvieron en fin, y pudieron tener? ¿los pasan resignados bajo el pesadísimo yugo, que poco despues no quisieron aceptar ni aceptaron de los Godos, dueños y árbitros del Imperio, ni de los secuaces de la media-luna que, animados por fanatismo más ferviente y fiero, aniquilaran en Guadalete al reino godo? ¿Acaso nuestros padres temieron más á la Roma postrada en el lecho moribundo de sus orgías, que á Cartago en el auge de su poderío, cuando en Canas hirió mortalmente á su rival y podia haberle sepultado entre los escombros de sus muros? ¿Acaso eran más temibles las legiones romanas á las órdenes de los Didios ó de los Opilios, Galienos ú Honorios, que guiadas y reforzadas por el talento y bravura de los Pompeyos y Escipiones del otro tiempo? ¿Acaso á los ojos de los cántabros, Alarico y Ataulfo cedían en fortaleza y vigor al Imperio, que sumiso y postrado á sus piés solicitaba para sostenerse su concurso y apoyo? ¿Acaso podria deslumbrar á los bascos la grandeza de quien solo le quedaba el recuerdo de haber á ratos medido sus dominios desde el Tigris á Finisterre, siendo así que al poco tiempo repelian la inmensidad del poder que abarcaba

Finisterre y el Ganges, con cuanto dentro de sí encerraban? ¡Ah Excmo. Sr.! ó el pueblo basco no es, es sin duda, el que ha sido, y será en todo tiempo, al menos en veinte generaciones sucesivas, ó es falso que durante el Imperio y las invasiones bárbaras y la corrupción de tantos Augustos viles y apocados haya subsistido aquella eterna paz, aquella armonía sincera, aquella lealtad y compañerismo, reconocidos por todos los historiadores, con quien le despoja de su libertad, independencia, suelo... de cuanto más ama: ó el pueblo basco, señores, no es el que fué contra los cartagineses y romanos, ni el que será en frente de los suevos y árabes, de los godos y francos, ó posee lo que su eterno pendon, JAUNGOIKOA ETA FUERUAK, simboliza, y sin lo cual es imposible que deje de moverse ó agitarse ante una Señora tan raquíta y menesterosa como lo es la Roma de los tiempos de los Césares mencionados; pues no se comprende que la raza euskara, pudiendo tan á poca costa, legar á sus hijos el patrimonio que con tantas fatigas y sinsabores, tantas vidas y tanta sangre avaloraron los padres, se haga reo de un crimen tal, que ni antes cometió ni cometerá despues, al ménos en diez y nueve generaciones; ó posee una raza tal lo que desea, ó deseando procura alcanzar lo que no posee.

Ahora bien: como ningun testimonio histórico da motivo ni pié para que podamos sospechar que la vida social y la nacionalidad de los cántabros fuera más limitada y ménos libre é independiente despues de las primeras sublevaciones, que lo fuera á consecuencia de la última del tiempo de Tiberio, se sigue que el argumento tiene adecuada y aún más vigorosa aplicacion refiriéndolo al tiempo comprendido entre la primera y última de las ya mencionadas guerras, que con relacion á los tiempos posteriores á la última campaña sostenida contra Tiberio y sus generales. Así lo entiende, entre otros, con su «implacable y avasalladora crítica el inmortal Padre Maestro Enrique Florez»<sup>1</sup> cuando, á pesar de su repugnancia para concedernos la gloria de haber vivido independientes de los romanos Césares, juzga admisible el que, «antes de poner Tiberio las cohortes de guarnicion desde Galicia al Pirineo, no hubiesen estado del todo sujetas las montañas»<sup>2</sup> ó cántabros montañeses.

(Se concluirá)



(1) Cánovas del Castillo. Introduccion de «Los Vascongados».

2) La Cantabria, pág. 15.